

Amaryllis es una flor

SEUDÓNIMO: EL GUARDIAN DEL CASTILLO

Heredó la floristería de una tía por parte de su madre. Al salir de la cárcel, Luis recibió una carta en la que el bufete de abogados “SANCHEZ Y GARCÍA” le comunicaba la triste, o buena noticia, de la muerte de su tía abuela "Doña RAMONA GRACIA CESPEDES" y le informaban de que era el único familiar y por tanto el único heredero de todos los bienes de su difunta tía abuela.

La floristería estaba en los bajos de una casa de dos plantas, en una pequeña ciudad. Además la tía Ramona había sido ahorradora y había dejado una muy buena cantidad de euros en la cartilla.

Los abogados SANCHEZ Y GARCIA le explicaron todos los pormenores de la sustanciosa herencia de Doña Ramona. Le entregaron una abultada carpeta donde le detallaban todo el patrimonio de su difunta tía abuela y además le hicieron entrega de un gran manojito de llaves.

–Créame Don Luis –le dijo Sánchez–, la floristería es un negocio que le reportará grandes beneficios. No existe otra en toda la ciudad. Sí, comprendemos que usted no tenga ni idea de cómo llevar este tipo de negocio, pero para hacer ramos de flores, centros de mesa o coronas para las defunciones, existen en internet todo tipo de tutoriales que le indicarán paso a paso cómo hacerlo.

Además –matizó García–, al estar la propia floristería en la misma propiedad que la casa, el alquiler será cero. Eso, hoy en día para un negocio, es o la ruina o la salvación, en su caso.

Luis salió del despacho de los abogados convencido de que todos los días la caja registradora estaría repleta de euros y de que la floristería LA BELLA RAMONA sería la mejor etapa de su vida.

*

Pasaron dos meses y, aunque los encargos iban entrando con cuentagotas, los beneficios eran más bien escasos; algún ramo de flores, alguna maceta de flores de temporada... Tan solo en todo este tiempo solo se había muerto una persona hacía un par de días y era una persona para la que solo le encargaron una pequeña corona de cien euros. Luis no estaba nada satisfecho del negocio.

“¿Y si pusiera un cartel de SE TRASPASA?!”

Con estos pensamientos dando vueltas en su cabeza un martes primaveral entró a la tienda de flores un hombre de mediana edad con semblante apesadumbrado.

–Buenas tardes –dijo el caballero–. Quisiera que me preparase una corona de flores. Ha muerto un amigo muy querido y quisiera que pusiera en la banda de la dedicatoria: “TU AMIGO TOMÁS NO TE OLVIDARÁ NUNCA”

—Por supuesto, caballero. Permítame que le enseñe los tipos de coronas que puedo hacer. Aquí, en este catálogo, puede elegir la que más le guste.

El hombre ojeó el catálogo durante unos minutos y se decidió por una gran corona con amaryllis naranjas, grandes margaritas y claveles rojos y blancos. Además también llevaba algunas ramas en verde y otras pequeñas flores como puntitos blancos.

—Esta me gusta. Tiene algunas de las flores que a Carlos le gustaban. Sí, decidido. Me gustaría que la entregaran en esta dirección.

El hombre sacó del bolsillo de su americana un bolígrafo dorado y escribió, con perfecta caligrafía en una de las tarjetas de la tienda, una dirección y se la entregó a Luis.

—Pero... oiga esta dirección... es la del cementerio de la ciudad. Y supongo que estos números serán los del número de la lápida del muerto. Perdón, del fallecido. —Se equivoca. No es una lápida, es una cripta, un mausoleo, como prefiera decirlo. Mi amigo murió hace dos días y yo no pude venir a su entierro. Quiero que lleve la corona hoy mismo hasta el panteón de la familia de Carlos. Yo... no puedo. Tengo que irme. No lo deje para mañana, se lo ruego.

El hombre abonó muy generosamente el precio de la corona y salió de la tienda visiblemente afectado.

Luis se dispuso a preparar la gran corona mortuoria. Tenía todo lo necesario para su ejecución. Había recibido el día de antes una gran cantidad de claveles de diferentes colores: rojos, blancos, amarillos... Algunos de capullos de amaryllis estaban a punto de abrirse y otros ya se mostraban en todo su esplendor y belleza. Tener una cámara frigorífica ayudaba y mucho a que las flores estuviesen en su punto óptimo. Cuando la corona estuvo terminada, Luis preparó con ayuda de un molde con letras la dedicatoria del el caballero llamado Tomás hacia a su amigo Carlos. Luis cerró la tienda y, con la corona al hombro, marchó camino del cementerio.

*

La cripta de la familia de Carlos se encontraba en la parte más antigua del cementerio, casi al final, cerca de las tapias que delimitaban el camposanto. Cuando llegó hasta el magnífico mausoleo de piedra gris, Luis no pudo evitar un ligero estremecimiento.

“Es como los que salen en las películas de miedo —se dijo—. Se nota que esta familia es o ha sido rica “

Luis depositó la corona en la puerta del mausoleo.

—Bien, misión cumplida. Aquí se queda la corona. Aunque... pensándolo mejor... la meto dentro.

Empujó la puerta de hierro que, con un chirrido similar a un lamento, se abrió sin esfuerzo. Luis entró en la cripta. Un olor acre se apoderó de sus pulmones, llenándolos de él, eliminando el oxígeno. Parecía como si todo el aire hubiese desaparecido. Tambaleándose, con la corona todavía en su hombro, logró salir casi a gatas de allí.

Ya en el exterior abrió la boca y aspiró con ansia el aire puro del atardecer. Al borde de la náusea, dejó la corona apoyada en la pared de la cripta y se alejó unos metros.

“Es una pena –pensó Luis–, que esos preciosos amaryllis se desperdicien dejándolos aquí. Son ocho flores, algunas todavía en capullo, que valen unos treinta euros en otro ramo o en otra corona. Esta corona ya está pagada y nadie sabe lo que lleva. Decidido, los amaryllis se vuelven a la floristería”.

*

Los timbrazos le hicieron saltar de la cama.

“Pero, ¿quién demonios llama a estas horas en la puerta de la calle?”.

Se asomó a la ventana de su cuarto que daba justo encima de la puerta de la tienda.

–¿Qué quiere usted? ¿No sabe la hora que es? ¡Váyase o llamaré a la policía!

El hombre que tocaba el timbre ni siquiera levantó la cabeza para responder a Luis. Durante unos segundos de silencio, volvió a apretar el timbre.

–Ya va, ya va–dijo Luis maldiciendo mientras bajaba las escaleras–. ¡¡Basta!! ¡¡Despertará a todo el vecindario!!

Cuando Luis abrió la puerta, un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Delante de él, un joven pálido, muy pálido, le miraba con una expresión de enfado. Llevaba un traje y corbata negra y su camisa blanca tenía manchados el cuello y los puños.

–Buenas noches –dijo el joven–. ¿Es usted el propietario de esta floristería?

–Oiga, es un poco tarde. Vuelva mañana y le atenderé.

–No. Tiene que ser ahora, esta noche. No puedo esperar más. Es un caso... especial.

–No comprendo. Si es una broma de los jóvenes de por aquí... ¡Váyase! ¡Váyase o llamaré a la policía!

Sin darse cuenta, Luis había empezado a andar hacia atrás hasta tocar el mostrador y el joven pálido entró en la tienda y cerró la puerta tras de sí.

–Caballero –dijo el joven–, no creo que deba llamar a la policía porque... el primero que ha cometido un delito, ha sido usted.

–¿Yo? Se equivoca y... no le consiento que me acuse en mi propia casa porque...

–¡¡¡Cállese!!! –gritó el joven, dando un puñetazo en el mostrador–. Es usted un ladrón y le exijo que me devuelva lo que me ha quitado.

–Está usted loco. ¡No le he visto en mi vida! Imposible que yo le haya podido hacer algo así.

Luis empezó a sentir cómo un sudor frío se apoderaba de su cuerpo. Notó como si la tienda hubiese bajado de temperatura muchos grados de golpe.

–¿Sabe? –le interrumpió el joven–, a mí siempre me gustaron las flores. Casi todas las flores. Pero unas de las que más me gustaban son esas flores grandes de pétalos ovalados, con esos enormes pistilos repletos de polen... pueden ser de muchos colores, blancas amarillas, naranjas tirando a rojas... no recuerdo como se llaman...

Con una sonrisa demencial se acercó a Luis, muy, muy cerca y le preguntó:

–¿Sabría decirme cómo se llaman?

Con un hilo de voz y el terror recorriendo todo su cuerpo, intentando soportar el olor nauseabundo que desprendía el joven, Luis dijo:

–U-usted es... Carlos. Pero... no, no puede ser. Usted, usted está... Amaryllis, las flores... son amaryllis.

–Síííí, eso es. ¡Y son mías! –Carlos cogió el ramo de amaryllis del jarrón que estaba en el mostrador y dándose la vuelta se dirigió a la puerta. La abrió y antes de salir dijo una última frase–. Lo que se lleva al cementerio, se queda en el cementerio. No lo olvides. Hasta pronto, Luis.

EPÍLOGO

El inspector Muñoz llegó a la floristería sobre las doce de la mañana. Saludó a los policías que custodiaban la puerta y entró leyendo el informe del forense: “Ha muerto de miedo”.

–Nadie muere de miedo –murmuró antes de ver el cadáver, cuyo gesto de terror era indescriptible–. ¿Qué le ha pasado a este hombre?

–Eso queríamos saber nosotros, inspector –le instó uno de los policías encojiéndose de hombros–. Los vecinos dicen que el florista tenía el pelo negro hasta... ayer.

El cabello de ese hombre lucía blanco, todo blanco. Sus ojos desorbitados miraban fijamente a la puerta.

El inspector dudó seriamente. ¿Era posible morir de miedo? Si era así, ¿qué podría haberle asustado tanto? Y... si era el único florista del pueblo, ¿quién le haría la corona de flores?

FIN